

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS,

por

D. Eusebio Planas.

Entregas 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95 y 96.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

Cuaderno 13 de ocho entregas.

L47
2229

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

ET MAJUSCULO

UNA MADRE.

POEMA

PRIMO E PEREGRINO

POETA

D. Emilio Praga.

LIBRERIA

1880

CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

1880

Quadrato 18 de octo entres.

casa de Clotilde; te espero. Tu hermana,—Blanca.»

—Perfectamente,—añadió Clotilde tirando del llamador de la campanilla.

Algunos segundos despues, Rosa, la doncella de Clotilde, se presentó en el gabinete.

—Escucha, Rosa: recordarás que esta mañana me contaste una historia, á la que yo no dí crédito, y me entregastes una carta.

Rosa inclinó la cabeza y se sonrió.

—Toma, pues, esta carta, y sin que lo sepa nadie, absolutamente nadie, ¿lo entiendes? procura que llegue á las manos del señorito Julio de Monforte, que se halla en casa del conde de la Fé; ya conoces á este caballero.

—Antes de un cuarto de hora estará en su poder, pues casualmente se halla en mi cuarto esperando el mismo que trajo esta mañana la carta para la señorita.

—Esa es una casualidad con la que yo no habia contado y que nos ahorra mucho camino. Puedes retirarte y no olvides lo que te he dicho.

Rosa salió del gabinete.

—Ahora, querida Blanca, mientras viene tu hermano, vamos á olvidar nuestras penas ensayando el cuarteto del *Fausto*.

Y Clotilde, rodeando con su brazo la cintura de Blanca, se dirigió á su cuarto de música.

CAPÍTULO IV.

Una visita inesperada.

Mientras tenia lugar la escena que acabamos de referir en el capítulo anterior, veamos cómo la casualidad, madre de grandes acontecimientos, puso al señor Quesada en la pista de lo que hacia cuarenta y ocho horas le tenia tan preocupado.

En las grandes capitales se da poca ó ninguna importancia á que dos hombres, obedeciendo á los deberes de esa ley del duelo, salgan á lo que se llama el campo del honor á ventilar una cuestion que casi nunca queda resuelta.

Un desafio es moneda corriente entre los civilizados hijos del siglo XIX, que pululan en los grandes centros de poblacion.

La policia y las autoridades saben, á veces, que dos hombres van á arriesgar su vida, pero casi nunca se toman la molestia de evitar que se batan.

El señor Quesada habia recibido un parte de uno de sus subordinados, segun el cual en las inmediaciones de la alameda de Osuna se habian batido aquella mañana

dos hombres, quedando uno de ellos gravemente herido.

El jefe de la policía secreta comenzó por encogerse de hombros y decir para su capote:

—Si está herido, que le curen; si se muere, que le entierren. El gobierno no me paga para que me ponga entre dos modernos Quijotes, sino para que persiga á los que conspiran y á los criminales.

Pero despues de estas reflexiones, que tenian mucho de egoistas, Quesada dirigió maquinalmente una mirada al parte por escrito que le habian dirigido, y leyó estas líneas, en las que no se habia fijado al principio:

«El herido se halla en casa del señor conde de la Fé y se llama Daniel Cantero. El agresor es el baron de Labra.»

Al leer esto, Quesada se quedó pensativo. Con ese instinto especial de los buenos agentes de policía, se creyó ver, á través de aquellas letras, algo que le estimulaba á enterarse del por qué del desafio.

Durante algunos segundos permaneció como absorto, con la nota en la mano, hasta que por fin, tomando una resolucion, tiró del llamador de la campanilla.

Un hombre de no muy noble aspecto se presentó en el despacho de Quesada.

—¿Qué gente tenemos ahí fuera?—preguntó Quesada sin mirar al recién venido.

—Ocho hombres.

—Pues escoja usted cuatro de los mas listos y que vayan á situarse en las cercanías de la casa del conde de la Fé, pero que se coloquen de modo que puedan ver á todo el que entre y salga de la casa.

—Está bien.

—Dentro de cinco minutos deben estar allí.

—Estarán,—contestó el agente saliendo del despacho.

Quesada volvió á quedarse solo, sacó de uno de los cajones de la mesa un espejo, lo colgó de un clavo que habia en la pared y se puso á arreglarse la corbata y á peinarse.

Este rasgo de coquetería era muy comun en Quesada siempre que tenia que hacer alguna visita de importancia.

Cuando quedó satisfecho del aseo de su persona, cogió un baston con puño de oro, se puso el sombrero y salió del despacho.

Pero adelantémonos nosotros. Entremos antes que el señor Quesada en casa del conde de la Fé. Nuestros lectores la conocen y no les será difícil llegar hasta el despacho del viejo aristócrata, en donde en otra ocasion les referimos la historia de la calavera.

Don Fernando y el doctor Samuel ocupan dos butacas y tienen delante dos tazas de café.

Oigamos su diálogo.

—¿Conque el doctor Mendez tiene una gran confianza en salvar la vida de Daniel?—decia el conde.

—Mucho debe esperar la ciencia cuando tiene en su ayuda la robustez y la juventud, pero la herida es grave, muy grave, señor conde, contestó Samuel suspirando dolorosamente.

—Daniel ha sido un imprudente, un confiado. ¡Quién le manda á él tenderse á fondo teniendo delante un enemigo terrible! Se lo habiamos advertido todos.

—La confianza le ha perdido. Ahora quiera Dios que podamos devolverle la salud.

—¡Oh! Lo querrá, sí, lo querrá. Yo necesito que Daniel viva. Su muerte me causaría una pena profunda.

El conde, al pronunciar estas palabras, estaba pálido, nervioso, porque pensaba que si Daniel moría, la soñada venganza se le escapaba de las manos.

En vano procuraba disimular su rabia, su desesperación.

Hubiera querido hacer pedazos al baron de Labra, quien, olvidando su ofrecimiento, ponía en tan grave riesgo la vida de su ahijado.

—Usted, señor conde, no debió nunca consentir ese desafío. ¿Qué sabe Daniel de manejo de armas?

—Amigo doctor, en Madrid se vive de modo distinto que en los pueblos. Y además, un joven á quien doy el nombre de hijo y á quien pienso nombrar mi heredero, no puede recibir un insulto sin vengarlo como corresponde á un caballero.

—Ya vé usted los resultados.

—Ha sido una desgracia que yo lamento tanto ó mas que usted. Nuestro deber ahora es remediarla.

—No deseo otra cosa.

Aquí llegaba el diálogo, cuando un criado pidió permiso desde la puerta para entrar.

—¿Qué ocurre?—preguntó el conde.

—El jefe de la policía pide permiso para ver á V. E.

—¡Hola! El señor Quesada ha sabido el duelo y viene á enterarse. No tengo interés en ocultarlo. Que pase.

Samuel se levantó.

—No se vaya usted, querido doctor. El señor Quesada es un conocido, y casi estoy seguro de que esta visita es un pretexto para cumplir con la ley.

Samuel volvió á sentarse, á cuyo tiempo se presentó en la puerta del despacho el jefe de la policía.

Antes de hablar, Quesada reconoció el local con una mirada.

Sus ojos, pequeños y vivos, se fijaron de un modo tenaz en el doctor Samuel, como si la noble y bondadosa figura de aquel viejo tuviera para él un atractivo inexplicable.

Aunque Quesada era un hombre avezado á disimular las impresiones de su alma, necesitó para ello de todo su aplomo, de toda su serenidad al oír al conde de la Fé, que, acercándose hácia él con la sonrisa en los labios, le dijo:

—Señor Quesada, supongo que no será tan reservado lo que tenga que decirme que me vea en el caso de dejar á mi querido amigo el doctor don Samuel Fuentes.

El jefe de la policía apenas pudo disimular el efecto que le causaba el nombre que acababa de pronunciar el conde.

Tenia delante al doctor Samuel. Sus cabellos blancos y la profunda cicatriz de su frente le denunciaban, y en el fondo de su alma bendijo á la casualidad, que salía á su encuentro.

Quesada se inclinó respetuosamente, fijó su penetrante mirada en el doctor, como si quisiera fotografiar en su memoria el retrato del anciano, y se dijo para sí:

—No se me despintará... le tengo seguro... es mio... ¡Oh! mi honra quedará incólume.

Y luego, levantando la voz, añadió:

—Lo que tengo que decir al señor conde no es ningún secreto; puede, por lo tanto, oirlo este caballero.

—¿De qué se trata?—preguntó el conde.

—De un desafío que se ha efectuado esta mañana.

—¡Ah! Sí, desgraciadamente es cierto,—contestó el conde.

—El gobernador tuvo noticias ayer de que estaba en proyecto, pero ayer fué un día muy atareado para nosotros y no pudimos ocuparnos de una cuestión personal entre personas decentes. Mas hoy el jefe recibió el parte de que se había efectuado y que desgraciadamente se había derramado sangre.

—Todo es cierto, señor Quesada, todo es cierto. Mi ahijado está herido: recibió una estocada en el pecho, pero lo salvaremos, ¿no es verdad, querido doctor, que lo salvaremos?...

—Tengo, al menos, alguna confianza,—contestó Samuel.

—Es una desgracia que en el siglo diez y nueve los hombres que se llaman civilizados ventilen sus cuestiones con las armas en la mano.

Quesada decía cualquier cosa para disimular la alegría que le causaba el dar con el doctor Samuel.

—Qué quiere usted, señor Quesada, la sociedad está montada de ese modo, y en las cuestiones de honra, es sabido no toman parte los tribunales. Tiene uno que batirse, y no siempre sale vencedor el que tiene razón.

—Supongo, señor conde, que no querrá usted que tomemos parte en este asunto.

—De ninguna manera.

—Entonces le suplico que vea usted hoy mismo al señor gobernador.

—Le veré sin falta. El duelo se ha efectuado con toda legalidad, si legalidad puede haber entre dos hombres que se colocan frente á frente con las armas en la mano para matarse,—añadió el conde;—pero qué quiere usted... es preciso rendir tributo á lo que la gente bien nacida llama ley del duelo.

—¿Tiene usted alguna cosa que mandarme, señor conde?—dijo Quesada.

—Nada absolutamente. Solo que le diga usted al señor gobernador que le suplico eche tierra sobre este asunto y que iré á verle despues de almorzar.

Quesada saludó, saliendo de la habitacion.

Cuando el conde y Samuel se quedaron solos, éste preguntó:

—¿Quién es este hombre?

—El jefe de la policía.

—He creido notar que me miraba de un modo...

—¡Bah! La policía siempre mira de un modo mas intencionado que los indiferentes. Además, el célebre Quesada tiene tal costumbre de buscar criminales, que no sabe mirar de otro modo.

El doctor Samuel se encogió de hombros, olvidando al jefe de la policía.

—Voy á ver cómo sigue Daniel,—dijo el doctor.

—Yo iré luego á reunirme con usted; tengo que escribir algunas cartas.

Apenas se quedó solo el conde, tiró del llamador de la campanilla y preguntó á un criado:

—¿Ha venido el señor Castro?

—En este momento.

—Que entre á verme.

Un momento despues, Castro se hallaba al lado del conde.

—¿Qué ocurre?—le preguntó don Fernando.

—Clotilde ha leído la carta,—contestó Castro.

—¿Y no ha dado contestacion?

—Ni la ha dado ni yo la esperaba.

—¿Eso quiere decir que no le ha hecho gran efecto la noticia?

—Al contrario, señor conde, desde que ha leído la carta no se han secado las lágrimas de sus ojos.

—Ese es un buen síntoma.

—Y tanto, que Rosa, que es una muchacha muy lista, me ha asegurado que la señorita Clotilde está verdaderamente enamorada.

—Entonces, ¿cómo no contesta?

—El señor conde olvida que la hija del general tiene diez y nueve años, y á esa edad...

—¡Bah! Á esa edad se cometen muchas locuras.

—Demos tiempo al tiempo, que ella las cometerá.

—Tiene usted mucha confianza.

—En primer lugar, Clotilde recibió la carta, la leyó y no se enfadó con Rosa. Ese es un buen síntoma. Lue-

go, si bien es verdad que nada contestó al señor conde, en cambio escribió á su amiga Blanca diciéndola que fuera á verla, pues tenia que hablar con ella, y por último, despues de hablar con su amiga de confianza, hizo que ésta escribiese á su hermano.

—¡Á Julio! ¿Y con qué objeto?

—¡Toma! porque Julio, además de ser padrino en el duelo, está junto al lecho del herido, y al llamarle, es prueba evidente de que quiere saber todo lo que ocurre.

El conde se convenció de que Castro era menos impaciente que él, pero mas calculador.

Para aquel hombre escéptico las horas eran siglos: tal era el afan que tenia de vengarse.

Deseaba el escándalo; hubiera querido que Clotilde, al recibir la carta, olvidándolo todo, se hubiera presentado en la alcoba del herido.

Esto hubiera sido un escándalo y un golpe terrible para el general, á quien odiaba de muerte.

El conde no tenia paciencia para esperar los acontecimientos, porque temia que de un momento á otro se descubriera la verdad.

Samuel era una sombra para el conde. Temia que, á la menor sospecha, aquel viejo honrado lo revelara todo.

Por otra parte, la herida era grave, y si Daniel no se restablecia, todos sus planes se derrumbaban.

El conde, despues de una pausa durante la cual cruzaron por su mente mil encontrados pensamientos, dijo como si hablara consigo mismo:

—Ese viejo me da miedo.

—¿El doctor Samuel?

—Sí, posee un documento, que si llegara á leerlo Daniel...

—¿Y lleva encima ese documento?

—Sí.

—Pues nada mas fácil que robárselo.

Esta idea no debió disgustar al conde, pues mirando con fijeza á Castro, añadió:

—Robarlo... ¿y cómo?

—El doctor ha pedido una habitacion cerca de la alcoba de Daniel, porque no quiere separarse de su lado.

—Sí. Adelante.

—Hoy ni mañana, ni tal vez en algunos dias, es fácil que Daniel se encuentre en disposicion de leer.

—Desgraciadamente.

—El doctor,—continuó Castro,—tendrá que dormir, le obligaremos á ello, y esta noche prometo al señor conde que ese documento estará en mi poder.

El conde guardó silencio y se puso á dar paseos por la habitacion.

—¿No le gusta á usted mi plan?

—Sí, pero tardará mucho en realizarse.

—¿Y por qué?

—El doctor puede tener la ocurrencia de pasar todo el tiempo que dure el restablecimiento de Daniel sin acostarse.

—En ese caso se le suministra una dosis de ópio que le produzca un sueño tan profundo que nos permita registrarle á nuestro placer los bolsillos.

—Eso es mas aceptable.

—Pues esta noche tendremos el documento.

—Encárguese usted de ese negocio.

—Queda á mi cargo... pero tenemos otro medio.

—¿Cuál?

—Que usted se lo pida.

—No querrá dármelo.

—Se busca el medio de convencerle.

—Es difícil.

—Todo puede hacerse, porque el doctor Samuel tiene en usted una confianza completa, y al señor conde no le falta talento para convencerle de las dudas ó escrúpulos que pudiera tener.

El conde callaba y escuchaba.

Castro volvió á decir:

—Solo que si el señor conde se decide por la sustraccion que acabo de proponerle, no debe decirle ni una palabra, para que luego, al echar de menos el documento, no conciba sospechas.

—Es claro.

—Ahora usted decidirá.

—Sí, sí, es un medio mas sencillo,—se dijo el conde como si hablara consigo mismo.

Y luego, levantando la voz, añadió:

—Dígale usted al doctor que le espero, que deseo hablarle.

Castro salió del despacho del conde.

CAPÍTULO V.

El amigo y el médico.

Penetremos en la habitación del herido.

Daniel había perdido mucha sangre: su rostro, pálido como la cera, y sus ojos hundidos demostraban la estrema debilidad de su cuerpo.

Dormía, al parecer: en la pieza inmediata á la alcoba se hallaban dos hombres: uno jóven, lleno de vida; otro viejo y cubierta de canas la cabeza.

Los dos estaban tristes, los dos guardaban un profundo silencio.

De vez en cuando, el mas viejo se levantaba de la butaca, entraba en la alcoba y, fijando una mirada en el herido, exhalaba un suspiro.

Luego, sin desplegar los labios, caminando de puntillas con mucho cuidado para no despertar al enfermo, volvía á sentarse al lado del jóven.

—¿Cómo sigue, señor doctor?—preguntaba Julio, pues éste era el jóven.

El doctor Samuel agitaba tristemente la cabeza y contestaba:

—Lo mismo... comienza la calentura.

—¿Duerme?

—No, pero está aplomado.

—Debe sufrir mucho.

—Absolutamente nada.

—Esa es una ventaja.

—Pronto la fiebre turbará su cerebro y comenzarán los delirios.

—Sí, comprendo que está muy grave.

—Puede mucho la juventud, y ¡quién sabe si nos libraremos de una gran calentura! Esa sería otra ventaja.

—¡Dios lo quiera!

—¡Parece imposible que los hombres se estimen en tan poco!—murmuró en voz baja el doctor.—¡Ah! Si la pobre Ángela viviera, ¡qué gran disgusto para ella! ¡Le amaba tanto!...

Y luego, agitando la cabeza con marcadas muestras de dolor, añadió:

—¡Qué vale la vida! ¡De qué sirven todos los disgustos que cuesta!... Pero, ¡quién se ocupa de la muerte cuando por todas partes sonríe la juventud!...

El doctor guardó silencio.

Julio no se atrevió á interrumpirle, porque aquella cabeza coronada de canas le inspiraba respeto.

Durante algunos minutos reinó el mas profundo silencio, apenas interrumpido por los suspiros del herido.

El portier se descorrió para dar paso á Castro: llevaba una carta en la mano, que entregó á Julio, diciendo:

—Han traído esto para usted.

Y luego, dirigiendo la palabra al doctor, añadió:

—El conde espera á usted en su despacho.

Samuel entró en la alcoba, estuvo unos segundos contemplando al herido y luego salió.

Mientras tanto, Julio leyó la carta de su hermana, comprendiendo que aquellas líneas estaban inspiradas por Clotilde, y á pesar de su carácter noble y generoso, tuvo envidia á Daniel y se dijo para sí mismo:

—Ella le ama y está impaciente... es natural.

Luego, dirigiéndose á Castro, añadió:

—Hé aquí una exigencia femenina que no podré satisfacer tan pronto como se desea.

—Pues ¿qué ocurre?—preguntó Castro.

—Mi hermana que me suplica en esta carta que vaya á verla inmediatamente.

—¿Y por qué no la complace usted?

—¿Y Daniel?...

—Puede usted irse tranquilo; yo me quedaré á cuidarle: además, tenemos dos hombres en la antesala dedicados al servicio y cuidado del enfermo.

—Entonces, aprovecho esta circunstancia para ausentarme por una hora.

—Puede usted ir tranquilo.

Poco despues, Castro se hallaba sentado cerca de la cama de Daniel, matando el tiempo con la lectura del

Quijote, libro que encontraba tan ameno como entretenido el hombre de confianza del conde de la Fé.

.....

 Cuando Quesada salió de casa del conde, hizo una seña á uno de los hombres que acechaban.

El hombre se acercó, y Quesada siguió caminando hasta colocarse en un sitio desde donde pudiera verse la puerta de la casa del conde.

Allí se detuvo.

—¿Cuántos hombres tenemos en acecho?

—Cinco,—contestó el interpelado.

—Bastan y sobran; pero advierto á usted, señor Rodríguez, que quiero que se desempeñe la comision que voy á darle con mucho tacto, y gran prudencia.

—Se hará como V. S. lo disponga.

—Se trata de una gran presa, de un hombre importante á quien el gobierno desea tener seguro.

Rodríguez hizo con la cabeza un movimiento de aprobacion.

—Por consiguiente, es necesario que no pierda usted de vista la puerta de esa casa, en donde vive el conde de la Fé.

—Pierda usted cuidado, no apartaré los ojos de la puerta.

—Ignoro cuándo saldrá un caballero con el cabello y la barba blanca. Ya sabe usted el retrato que le he hecho otra vez del doctor Samuel Fuentes.

—Sí, señor, lo recuerdo perfectamente.

—Cuando salga, con un pretesto cualquiera, por

ejemplo, diciéndole: «Yo sé que es usted médico y necesario de sus servicios...»

—Sí, sí, ya comprendo...

—Procura usted que suba en un coche. ¿Tenemos en este punto algun hombre de confianza?

Y Quesada fijó una mirada en una línea de coches de plaza que habia parados cerca del sitio donde se hallaban.

—Sí, señor, tenemos á Calixto.

—Pues le dice usted que quite el *se alquila* y que espere.

—Está bien.

—Cuando suba el doctor Samuel, lo llevan ustedes á la *Casa Blanca*.

—¡Á la *Casa Blanca*!—repitió Rodriguez con asombro.

—Sí, á la *Casa Blanca*, y una vez allí, le dejan ustedes en la sala sorda.

—¡Bueno, bueno! Pero, ¿y si por el camino sospecha algo y da gritos?

—Le pone usted una mordaza, pues conviene que nadie se entere ni que hable con nadie. Creo que no tengo nada mas que decir á usted.

—Quedo enterado.

—Cuando esta comision se termine, vendrá usted á darme parte en el Gobierno civil; si no estoy allí, me buscará usted. Ya procuraré yo que me encuentre.

Quesada se separó del agente de policia: éste hizo una seña á otro hombre que se hallaba parado á veinte pasos de distancia, le habló algunas palabras en voz baja y luego se dirigió hácia los coches de plaza.

CAPÍTULO VI.

Donde continúan las asechanzas.

Quesada estaba contento y no cesaba de bendecir *in mente* á la caprichosa casualidad que le habia hecho encontrar la pista del doctor Samuel.

Pero ¿quién era el doctor Samuel? Esta pregunta, á la que no podia contestarse, mataba en parte su alegría.

Sin embargo, hombre temible debia ser cuando el general Lostan mostraba tanto empeño en apoderarse de él.

Quesada se preciaba de buen fisionomista y no encontraba nada en el semblante del doctor capaz de inspirar desconfianza.

Parecíale, por el contrario, un hombre de bien; pero calculando que muchas veces las apariencias engañan, se encogió de hombros y pensó que su obligacion era obedecer y callar.

Llegó á casa del general, anunció su visita y le introdujo un criado en el despacho.

—Supongo que tendrá usted buenas noticias que darme,—le preguntó don Pedro.

—Sí, mi general,—contestó Quesada sonriéndose,—pues he descubierto la madriguera de nuestro hombre.

Don Pedro no pudo contener una exclamacion de gozo.

—Pero, ¿le tiene usted ya en su poder?...—preguntó.

—Aun no, mi general, pero le tendré pronto.

—¿Entonces!...

—V. E. me tiene encargado que este negocio se lleve á cabo con mucha cautela. Sé dónde se halla el doctor Samuel. Le he visto y no se me escapará.

—¿Dónde se halla?

—En casa del señor conde de la Fé.

—¿En casa del conde de la Fé!—repitió el general.—

¡Ah! debía haberlo pensado...

Y despues de pasarse la mano varias veces por la frente, añadió:

—Pero, ¿vive allí?

—Lo ignoro; solo sé que allí le he visto. He puesto gente de mi confianza que acechen la casa, y en cuanto salga, caerá en mi poder.

—Cada minuto que transcurre,—añadió el general como hablando consigo mismo,—es un nuevo peligro.

Y fijando una mirada severa en Quesada, le preguntó:

—¿Dónde piensa usted conducirlo?

—Á mi casa de campo,—contestó sonriéndose Quesada,—si es que el señor general no tiene otro sitio de mas confianza.

—He oido hablar de esa casa.

—¡Oh! es una gran ratonera. Yo indiqué hace tiempo al ministro de la Gobernacion que podia sernos útil

y se compró. Luego se hicieron algunas innovaciones y nos ha sido muy útil. El doctor Samuel estará allí perfectamente; hasta que el gobierno disponga de su persona, he mandado que lo encierren en la sala sorda; el conserje es hombre de mi confianza y no hay cuidado de que se nos escape ese pobre viejo. ...

El general, que iba poco á poco recobrando la serenidad, añadió:

—Señor Quesada, usted sabe que yo le he colocado en el destino que hoy desempeña.

—Yo no puedo olvidar eso nunca, general, porque me precio de hombre agradecido.

—Usted se halla en camino de reunir una buena fortuna y tiene usted esposa y familia.

—Por ellos solamente tengo afán.

—Lo sé, y por lo mismo quiero hablarle con toda confianza.

—El señor general me honra demasiado.

—Voy, por lo tanto, á pedirle á usted un favor.

—Tendré sumo gusto en complacer á V. E.

—Quedamos convenidos en que el doctor Samuel será conducido á la *Casa Blanca*, pero convengamos desde ahora en que nadie, absolutamente nadie mas que usted y yo, sabe dónde se halla.

—No diré una palabra á nadie, puesto que V. E. lo desea.

—Avíseme usted tan luego como se halle en su poder.

—Así lo haré.

—Yo iré á interrogarle, y si son ciertas mis sospechas, entonces daremos parte al gobierno de la captura del doctor Samuel. Ahora, señor Quesada, solo me resta decirle que si cumple con lealtad y prudencia esta comision, recibirá una buena recompensa.

Quesada se inclinó respetuosamente, pensando al mismo tiempo que el asunto del doctor Samuel podia serle provechoso.

—Creo que no tengo nada mas que advertir á usted,—añadió el general.

—Nada absolutamente.

—Los hombres que están encargados de apoderarse del doctor...

—Son de mi mayor confianza; una hora despues de dejarle encerrado en la *Casa Blanca* no se acordarán de semejante individuo. Su oficio es ver, oir y callar; pue-de V. E. estar tranquilo sobre ese punto.

—En usted confío, señor Quesada.

—Procuraré que no desmerezca en nada esa confianza. ¿Tiene usted algo mas que mandarme?

—Solo que me avise tan pronto como el doctor se halle en su poder.

—Así lo haré.

Y como si don Pedro tuviera en aquel instante un nuevo pensamiento, añadió:

—Quisiera hacer á usted una proposicion.

—La escucharé con gusto, general.

—Sentiria que usted se ofendiera.

—¿Tan grave es el asunto?

—Yo tengo un criado de toda mi confianza y desearia que ese criado fuese el guardian del doctor Samuel.

—¿Teme V. E. que se escape?

—Si usted fuera su carcelero estaria tranquilo, pero siendo otro...

—He tenido el honor de decir al general que el guardian de la *Casa Blanca* es hombre de mi confianza, pero si V. E. quiere otra cosa, se hará como lo desee. Doy á usted las gracias por su amabilidad y acepto el ofrecimiento. ¿Dónde está ese hombre?

El general tiró del llamador de la campanilla y se presentó poco despues Santiago.

—Este es el hombre que he indicado á usted,—añadió el general señalando á su ayuda de cámara.

—Está bien. Voy á escribir dos líneas al conserje de la *Casa Blanca* para que se ponga en todo á las órdenes del señor.

Quesada sacó la cartera y escribió con un lápiz verde en una hoja algunas palabras: luego hizo unos signos estraños y que no correspondian á ningun sistema de escritura, y doblando la hoja, que arrancó de la cartera, la metió en un sobre, escribiendo con letra clara la direccion. Decia así:

«Al conserje de la *Casa Blanca*, tercer molino, al pié del cerro negro.»

Luego entregó la carta al general, diciendo:

—El conserje, en el asunto del doctor Samuel, se pondrá á las órdenes del hombre que le entregue esta carta.

Y despues, saludando respetuosamente, añadió:

—Si no tiene V. E. nada mas que mandarme, le suplico que me permita retirarme.

El general se quitó el magnífico reloj y la cadena que llevaba, y dándoselo á Quesada, dijo:

—Admita usted como un recuerdo mio este obsequio, pero esto nada tiene que ver con lo ofrecido.

Quesada salió de casa del general diciéndose que siempre era una ventaja servir á hombres tan ricos y tan generosos como don Pedro.

—Cuando Santiago y el general se quedaron solos, éste dijo:

—Tengo una buena noticia que participarte. El doctor Samuel estará pronto en nuestro poder.

Los ojos de Santiago brillaron de gozo.

—Confío que esta vez no se nos escapará, porque vas á ser su guardian.

—Sí, yo lo prometo: ahora daré el golpe con más seguridad,—contestó Santiago,—y espero no merecer las reconvenciones del general.

—¿Qué necesitas para trasladarte á la *Casa Blanca*?

—Mi brazo y la firme voluntad que tengo para servir á V. E.

—Gracias, Santiago, eres un leal servidor.

—Espero las órdenes del general.

Don Pedro parecia vacilar ante la firme resolución de su ayuda de cámara.

—Qué quieres, me da lástima ese pobre anciano, que no tiene otro delito que su estremada fidelidad.

—Pero esa fidelidad nos compromete, señor.

—Así lo comprendo.

—La compasion puede sernos fatal.

—Sin embargo, creo que debemos obrar con alguna prudencia, porque tú ignoras que Samuel vive en casa del conde de la Fé, y si le ha hecho alguna revelacion...

Y el general, al pronunciar estas palabras, se estremeció.

—¿Qué debo hacer entonces?—preguntó Santiago.

—Cuando Samuel se halle en tu poder y estés persuadido de que no puede escaparse, procurarás sondearle, y á la menor duda vienes á avisarme. Si te convences de que solo él sabé mi secreto, entonces...

Don Pedro se detuvo como si temiera que la palabra que iba á pronunciar quemara sus labios.

Santiago, que estaba acostumbrado á obedecer á su señor como los esclavos de Oriente á sus dueños, guardó silencio.

Trascurrió una breve pausa: luego dijo el general:

—Si es él solo poseedor de mi secreto, debe morir.

—Morirá,—contestó con resolucion Santiago.

—¿Quieres que te acompañe Bonifacio?

—Me basto yo solo para dar término á esta empresa.

—Puedes retirarte. Espero que me dés cuenta de tus trabajos todos los días.

—Así lo haré.

Santiago saludó y salió del despacho del general.

Don Pedro se dejó caer en una butaca, preocupado con la idea del nuevo crimen que hervia en su cerebro.

CAPÍTULO VII.

El aviso.

Mientras tanto, Julio de Monforte se habia trasladado precipitadamente á casa de Clotilde, obedeciendo los deseos que le manifestaba en la carta su hermana.

Clotilde, al verle entrar, le preguntó con impaciencia:

—¿Cómo está Daniel?

Esta pregunta salia del alma sencilla y apasionada de Clotilde.

Julio se sonrió tristemente, porque amaba con todo su corazon á aquella jóven, pero conocia al mismo tiempo que su amor era un imposible.

—Grave, señorita Clotilde, pero los médicos tienen mucha confianza en que se salvará,—contestó Julio.

—¡Oh! es preciso, es indispensable que se salve... de lo contrario tendria yo un remordimiento eterno,—esclamó Clotilde.

Y luego, cambiando de entonacion y sin fijarse en

las miradas que cambiaban los dos hermanos, añadió:

—Pero, ¿ha perdido el conocimiento?

—Algunos momentos apenas me reconoce, otros creo que sí, porque me mira, me aprieta la mano y se sonríe. Sin embargo, hay un nombre que no ha olvidado nunca, porque lo pronuncia hasta en sueños: el nombre de usted, Clotilde.

Solo una alma generosa y agradecida como la de Julio se hubiera atrevido á hacer semejante declaración.

Clotilde se ruborizó, pero era indudable que aquellas palabras le causaban un gran placer.

Recobrando un tanto la serenidad, hizo á Julio muchas preguntas sobre el desafío. Tuvo afán en saberlo todo, y el hermano de Blanca no le ocultó nada.

Por fin Clotilde, cambiando de entonación, añadió:

—¿Supongo que le asiste el doctor Mendez?

—Y además otro anciano que hace algunos días llegó del pueblo de Daniel. Es un médico viejo que le quiere como á un hijo.

Clotilde preguntó con marcada curiosidad:

—¿Se llama ese caballero el doctor Samuel?

—Ese es su nombre.

—¿Y está en casa del conde de la Fé?

—Sí, pues no quiere separarse de Daniel.

—Entonces me va usted á hacer un favor.

—Todo cuanto usted me mande.

—Voy á escribirle una carta.

—¿Al doctor Samuel?

—Sí, pero es preciso que no sepa que la he escrito; quiero avisarle de un gran peligro que le amenaza.

Julio miró con asombro á Clotilde.

—En verdad que yo tampoco sabría dar muchas esplicaciones sobre eso, pero temo que le suceda una desgracia y me intereso por ese anciano, porque sé que él se interesa ahora por Daniel.

Y Clotilde escribió precipitadamente estas líneas en una hoja de papel:

«Guárdese usted mucho, porque hay personas que le quieren mal, en particular un hombre llamado el señor Quesada, que obedece las órdenes de un alto personaje. Quien estas líneas escribe no tiene el gusto de conocer á usted, pero se interesa por su tranquilidad y salud. No desoiga usted este aviso.»

—Ahora, amigo Julio,—añadió Clotilde cerrando la carta,—entrega usted esto al doctor Samuel, pero cuidado con decirle que yo he escrito la carta.

—Lo haré así, aunque no comprendo el motivo de esa reserva.

—¡Oh! Dios me entiende y yo me entiendo,—contestó Clotilde sonriéndose.—¡Quién sabe si mañana no podré ser útil á ese pobre anciano!

Y suspirando tristemente, añadió:

—Mi padre se ha empeñado en llevarme á Italia. Es un capricho de rico, al que yo no puedo oponerme.

Y dejando hablar á su alma, añadió:

—Mi padre se cree que haciéndome viajar por el extranjero, olvidaré á Daniel.

Y como si se arrepintiera de su franqueza, exclamó:

—En fin, allá veremos... Lo importante, lo principal es que ese pobre jóven se salve. Espero, amigo Julio, que me dará usted todos los días noticias de Daniel.

—Vendré en persona á informar á usted acerca del estado del enfermo.

—Ahora le suplico que vaya al lado de Daniel; el pobre necesita un amigo de confianza, un hermano del corazon, como usted, junto á la cabecera de su lecho, y si en un momento de claridad pregunta por mí, dígame usted que Blanca y yo rogamos á Dios por su pronto restablecimiento.

Y Clotilde, que hasta entonces habia contenido las lágrimas, se echó á llorar, y para cubrirse el rostro se abrazó á su amiga Blanca, que lloró con ella.

Julio salió conmovido.

Si habia concebido alguna esperanza de ser amado, aquellas lágrimas y el interés que Clotilde habia demostrado por Daniel le convencieron de que era una locura esperar.

Algunos momentos despues regresaba á casa del conde de la Fé: preguntó por el doctor Samuel y un criado le dijo que estaba en el despacho del conde.

—Pues bien, tenga usted la bondad de decirle que deseo verle con urgencia.

Poco despues volvía el criado diciendo:

—El doctor Samuel ha salido hace un cuarto de hora, pero el señor conde espera á usted en su despacho.

— Este fué un contratiempo para Julio, pues no podia entregar en el acto la carta de Clotilde.

— Acompañeme usted á la habitacion del señor conde,—dijo Julio, que, sin poderse dar cuenta de la causa, le inquietaba no encontrar al doctor allí.

— Tenga usted la bondad de seguirme, repuso el criado.

Quando don Fernando vió entrar á Julio, le preguntó:

— ¿Qué ocurre?

— Nada, señor don Fernando, pero deseaba ver al doctor Samuel.

— Ha salido hace pocos momentos.

— ¿Y no ha dicho á dónde iba?

— ¡Oh! Sí, me ha dicho que iba á decirle al médico Mendez que mientras durara la gravedad de Daniel no queria separarse de su lado.

— Entonces, con el permiso de usted, voy á casa del señor Mendez.

— ¿Tan urgente es que vea usted á Samuel? No debe tardar en venir.

— ¡Oh! tengo para él un encargo de una persona á quien tengo el deber de servir.

— No creia yo que el doctor tuviera amigos en Madrid.

— La persona á qué aludo no le conoce.

— ¡Diablo! Eso pica en historia,—añadió el conde sonriéndose,—y va promoviendo en mí una curiosidad grande.

La curiosidad del conde de la Fé era lógica. Sabia que Julio habia recibido del general Lostan un destino,

y solo el general Lostan podia interesarse en los asuntos del doctor Samuel.

Por eso se propuso que Julio hablara, por eso insistió en saber por qué buscaba á Samuel.

—Apostaria doble contra sencillo á que es el general Lostan el que ha dado á usted la comision de ver al doctor Samuel.

—No he visto al general.

—Entonces no sé quién pueda conocerle en Madrid, y confieso que me admira que le busque alguien.

—¡Oh! Mucho mas admiraria á usted, señor conde, si supiese que es una mujer la que me ha dado la comision de buscarle.

—¡Una mujer!...

—Sí, y jóven.

—Vuelvo á desorientarme y me confieso vencido.

Y el conde, alargando un tabaco á Julio, añadió:

—Supongo que será un secreto.

—Sí.

—Entonces no quiero aconsejarle que cometa la indiscrecion de revelármelo.

—¡Bah! Usted es un hombre prudente, y sobre todo muy bueno con mi amigo Daniel.

—¡Hola! ¿Toma cartas Daniel en este asunto?

—Las toma sin saberlo.

—Lo dicho: es una verdadera leyenda,—añadió el conde sonriéndose,—y me dan tentaciones de prohibir á usted la salida de esta habitacion si no me revela antes el nombre de la prójima.

—Si usted me promete guardar el secreto...

—Doy mi palabra de honor.

—Entonces voy á hablar sin recelo.

—Y yo á escuchar con la mayor atencion.

—La jóven que me ha entregado la carta para el doctor Samuel es Clotilde de Lostan.

—Pues ahora lo entiendo menos, y no comprendo qué pueda motivar la carta de Clotilde. Pero vamos á ver si logramos entendernos. ¿Sabe usted lo que le dice en la carta?

—No, señor; pero sospecho que amenaza algun peligro al doctor, y ella le avisa para que viva precavido.

—¡Ah! Eso ya es distinto,—añadió el conde, que comenzaba á entrever alguna luz.—Clotilde sabe que el doctor ha sido un buen amigo de Daniel y se interesa por él, ¿no es verdad, Julio?

—Creo que hay algo de eso.

—Porque desde la noche que tuvo lugar en los salones de la embajada el maldito lance que tanto lamentamos, he sospechado que reina alguna inteligencia entre Daniel y Clotilde. Ya que la conversacion nos ha conducido á este punto, voy á dirigirle á usted, que es el amigo de confianza de Daniel, una pregunta.

Julio se inclinó respetuosamente.

—Usted sabe,—añadió el conde,—que amo á ese pobre huérfano como á un hijo y que pienso nombrarle mi heredero despues de mi muerte. Nada me interesa tanto en este mundo como su felicidad, y sentiria que un amor contrariado causara su desgracia. Daniel, us-

ted lo sabe, está perdidamente enamorado de Clotilde, y tal vez ella ni siquiera le dedica un recuerdo hoy que se halla en peligro de muerte por su culpa.

El conde conocia los ímpetus generosos de la juventud y ponía con talento el dedo en la llaga.

Julio salió á la defensa de su ángel bueno, de su generosa protectora, diciendo:

—Trata usted con harta injusticia á Clotilde, señor conde, pues no solamente le affige la situacion de Daniel, sino que le ama con todo su corazon.

—No he querido ofenderla.

—No hace mucho me preguntaba con tan apasionado interés por mi amigo, que si usted la hubiera oido...

—¿Y su padre sabe las simpatías que siente Clotilde por Daniel?

—Sí, y trata, segun me dijo ella, de evitar, ó por mejor decir, de cortar el naciente amor de su hija.

—¡Eso es difícil si se aman de veras!—contestó el conde agitando la cabeza.

—Segun me ha dicho, el general trata de emplear un recurso bastante gastado.

—¿Cuál?

—El de llevarse á su hija al extranjero: separarla del hombre que preocupa su imaginacion.

—Sí, eso suelen hacer todos los padres de novela y de comedia, pero eso tiene poco resultado cuando el amante es rico y hay ferro-carriles. Si Clotilde se marcha, Daniel irá á buscarla aunque sea á la Laponia. Yo no he de oponerme.

—Entonces, creo que el general lleva el pleito perdido.

—Así me parece.

—¡Ah, diantre!—esclamó Julio como si recordara en aquel momento algo importante.

—¿Qué ocurre?

—Me habia olvidado del doctor Samuel. Voy á ver cómo sigue mi amigo y luego pasaré á casa del señor Mendez. Á las órdenes de usted, señor conde.

—Una palabra, Julio,—dijo don Fernando viendo que se disponia á salir.

Julio se detuvo.

—¿Cree usted que tengo un vivo interés en la felicidad de Daniel?

—¡Oh! Dudarlo seria inferir al conde de la Fé una gran ofensa.

—Entonces voy á proponerle una cosa, pues me consta que es usted para Daniel un hermano del corazón.

—Aceptada.

—Deseo que marchemos de acuerdo en todo lo que se refiera á los amores de Clotilde y Daniel, y sobre todo que me ponga usted al corriente de los pensamientos y planes de la hija y del general Lostan.

—Acepto la alianza, y me enorgullezco de tener tan digno sócio.

—Ahora trabajo le doy al general para que nos venza, aunque no tengamos ni *La pata de Cabra* ni *Los polvos de la madre Celestina*, de las dos célebres comedias

de mágia. Pero soy curioso tal vez por el mucho interés que me inspiran Daniel y Clotilde, y desearia saber el contenido de esa carta que la encantadora hija de Lostan escribe al doctor Samuel.

—Está cerrada, señor conde, y debemos respetar el sagrado del sello.

—Sí, sí, dice usted bien. Samuel me dirá luego su contenido. Cumpla usted ahora el encargo de su amiga.

Julio salió de la habitacion, mientras el conde, frotándose las manos de contento, murmuraba en voz baja:

—Julio es un buen aliado: tiene la fé, el desinterés y la inocencia de la juventud; de seguro me servirá de mucho.

Y cambiando de entonacion, añadió:

—¡Ah, señor general! creo que se acerca la hora en que se realice mi venganza, y pueda lanzarte al rostro una de esas carcajadas que los poetas han dado en llamar homéricas.

CAPÍTULO VIII.

Donde las impresiones del alma asoman
á los ojos.

Julio entró en la habitación de Daniel, saludó á Castro, que estaba leyendo un periódico, y entró en la alcoba.

Aunque procuraba pisar sin hacer ruido, casualmente y sin querer, tropezó con una butaca, y Daniel abrió los ojos, fijándolos en su amigo.

El herido se sonrió dulcemente. Esta sonrisa le indicó que le habia reconocido.

—¿Cómo te sientes?—le preguntó.

Daniel hizo un movimiento con los ojos como para indicar que ni él mismo lo sabia.

—Recobra el espíritu, querido Daniel, pues muy en breve te hallarás completamente restablecido.

—No me falta el valor...—contestó con débil acento; —solo me affige pasar muchos dias en cama, porque...

Daniel se detuvo, pero sus ojos terminaron la frase.

—Porque no podrás ver á Clotilde, ¿no es verdad?—
añadió Julio.

Daniel hizo con los ojos una indicacion afirmativa.

—En cambio podré darte noticias de ella todos los dias, porque me ha dado un encargo.

La mirada del enfermo se reanimó, brillaron sus pupilas como si el purísimo fuego de la esperanza hubiera inflamado su alma.

—No hace mucho la he visto y me ha preguntado por tí con mucho interés.

Daniel cogió una de las manos de su amigo y la estrechó dulcemente.

—Veo, querido Daniel, que te reanimas hablándote de Clotilde.

—¡Oh, sí!... ¡háblame siempre de ella!...

Y el herido terminó con un lamento de dolor su última sílaba.

Y luego, suspirando, añadió:

—¡Si ella me amara como yo la amo!...

—¿Serias feliz?

—Mucho.

—Pues bien, puedes serlo, porque yo sé que te ama.

Esta conversacion hacia mucho daño á Julio, pero su alma era demasiado generosa para robar el placer que Daniel experimentaba hablándole de Clotilde.—

—Entonces, yo te suplico que no ceses de hablarme de Clotilde.

—En cuanto á eso no estamos conformes. Tú te encuentras débil y no debes abusar de tus fuerzas.

—Lo que causa placer al alma no hace daño al cuerpo.

—Error grave, querido: las emociones del alma son también dañinas á la salud. Basta por hoy. Además, tengo que salir.

—¡Me dejas!

—Tranquilízate, volveré pronto para pasar la noche junto á la cabecera de tu cama.

—¿Y hablaremos de Clotilde?

—No, y á dormir. Hasta luego.

Daniel dirigió á su amigo una mirada suplicante; pero éste le envió una sonrisa y dijo:

—Se prohíbe hablar, pero se permite pensar; piensa pues en restablecerte, porque Clotilde te ama y me ha encargado que le envíe noticias tuyas siempre que pueda.

Julio salió del gabinete y luego de la casa del conde, dirigiéndose precipitadamente á la del doctor Mendez.

Preguntó por don Samuel, y le dijo un criado que, desde el día anterior, estaba en casa del conde de la Fé, cuidando á un enfermo.

—Sí, sí, ya lo sé, pero hace poco salió de casa del conde, diciendo que venia aquí,—añadió Julio estrañándole no encontrar al anciano.

—Pues no ha venido. Si gusta usted esperarle...

—¿Está el señor Mendez?—volvió á preguntar Julio.

—En su despacho.

—Anúnciele usted mi visita.

—¿Cómo es la gracia de usted, caballero?

—Dígale usted que desea hablarle el amigo de Daniel; con esto basta.

Poco despues, Julio era introducido en el despacho de Mendez, que, al verle, creyendo que el herido estaba peor, le dijo:

—¿Ocurre algo?

—No, señor; Daniel sigue bien, pero venia á buscar al doctor Samuel.

—Está en casa del conde. Ya sabe usted que no quiere separarse de su querido huérfano.

—Sí, ya lo sé, pero don Samuel hace mas de dos horas que salió de casa del conde, diciendo que venia aquí.

—¡Es estraño! ¿Habrá cometido alguna imprudencia?

Mendez dijo estas palabras como si hablara consigo mismo, y luego añadió:

—Pero no, no lo creo... Él sabe que seria muy poco cuerdo visitarle.

—¿Á quién?—preguntó maquinalmente Julio.

Mendez hizo como que no habia oido la pregunta y contestó:

—No comprendo cómo el bueno de don Samuel se pasa tanto tiempo separado de su querido huérfano.

—Tambien á mí me causa estrañeza, pues dijo que volvia al momento.

Mendez tiró del llamador de la campanilla y dijo á un criado:

—Tan pronto como llegue don Samuel Fuentes, me avisa usted.

—Está bien,—contestó el criado retirándose.

Y Mendez, que en vano procuraba ocultar su inquietud, comenzó á hablar, primero del tiempo, luego de política y últimamente de la herida de Daniel.

Así trascurrió una hora. La inquietud de Mendez aumentaba. Julio leía en los espresivos ojos del doctor el estado de su espíritu.

—Señor Mendez,—dijo por fin,—tal vez le molestó con mi presencia. Sea usted franco conmigo: si tiene usted alguna ocupacion...

—Ninguna, jóven, ninguna; pero si nota usted en mi conversacion alguna vaguedad, es porque la tardanza del doctor Samuel me disgusta.

—¿Teme usted que le haya sucedido algo?
—¡Quién sabe! ¡Quién sabe!—contestó Mendez paseándose por la habitacion.

Y como trascurriera media hora mas sin parecer, Mendez volvió á decir:

—¡Dónde diablos se habrá metido ese hombre!... Es preciso que vaya usted á casa del conde de la Fé á ver si está allí.

—Voy al instante.

—Yo, mientras tanto, le esperaré aquí. Aviseme usted si se encuentra al lado de Daniel.

Treinta minutos despues, Julio volvió á casa del doctor Mendez.

Samuel no habia parecido. La inquietud, el malestar de Mendez aumentaron.

Comenzaba á oscurecer, es decir, se acercaba la hora

en que Julio había ofrecido á Clotilde que iría á darle cuenta del estado del herido y de la comision que le habia encargado.

Mendez volvió á tirar del llamador de la campanilla, pero con mas fuerza.

Encargó á un criado que si venia el doctor Samuel, que le esperara y no le dejara salir de casa hasta que él volviera, y luego salieron él y Julio.

—Pero, ¿á dónde diablos voy á buscar á ese hombre? —esclamó Mendez.—Es indudable que ha cometido alguna imprudencia.

Á Julio le chocaba que Mendez repitiera con tanta frecuencia la palabra «imprudencia.»

Si á esto se añaden los temores de Clotilde y la carta que para el anciano le habia dado, se comprenderá que estuviera tambien sobresaltado.

—Pero, ¿tiene algun enemigo el doctor Samuel?—preguntó.

—Sí, jóven, sí, los tiene y poderosos, y su tardanza me hace temer alguna desgracia.

—¿Hácia dónde piensa usted dirigirse para buscarle?

—¿Lo sé yo por ventura? Voy á recorrer las calles al azar y luego iré á casa del conde, veré al herido y regresaré á la mia.

—Pues yo iré á casa del general Lostan.

—¡Lostan!—repitió Mendez como si aquel nombre aumentara su sobresalto,—¿y qué va usted á hacer allí?

—Voy á ver á mi hermana y á la señorita Clotilde, hija del general.

Mendez se quedó un momento pensativo.

—¿Conoce Clotilde al doctor Samuel?—preguntó despues de una brevísima pausa.

—Debe conocerle, pues me ha hablado de él.

—¿Y qué le ha dicho á usted?

Las cosas habian llegado á un punto que Julio se creyó libre de guardar el secreto. Además, ni se le ocurrió siquiera. Así es que contestó:

—Me ha dicho que era urgente que le viera yo y le entregara una carta.

—¿Y le dió á usted una carta?

—Sí.

—¿Clotilde?

—Sí, Clotilde.

—¿Para Samuel? ¿Y le dijo que era urgente que llegara á las manos del anciano?

—Eso me dijo.

—Jóven, creo que efectivamente ha sucedido una desgracia al pobre anciano que buscamos.

—Me asusta usted, señor Mendez.

—Mucho me alegraría engañarme, pero pronto saldremos de dudas. Déme usted la carta que Clotilde ha escrito á Samuel.

—¡Dar la carta!—contestó con marcada repugnancia Julio.

—¡Bah! En ciertas ocasiones no deben los hombres detenerse en pequeñeces. Esa carta puede que tal vez nos abra camino.

Julio vaciló.

—¡Pero no oye usted que le pido la carta!—volvió á decir Mendez con mal humor.

—Es que esa carta está cerrada...

—¡Y qué importa! Se trata de salvar la vida á un hombre, y cada minuto que pasa es una probabilidad mas para no conseguirlo.

Julio estaba absorto, pero las palabras de Mendez ejercian sobre él tal imperio, que sacó la carta y se la entregó.

Mendez se acercó á un escaparate alumbrado por un gran reverbero de gas, y rompiendo el sobre, se puso á leer la carta.

Como recordarán nuestros lectores, la carta era laconica y no estaba firmada.

Mendez, al terminar su lectura, exhaló una especie de rugido, y guardándose la carta en el bolsillo del pecho del gaban, dijo:

—Ahora no me cabe ninguna duda. Samuel está perdido, y creo que es preciso correr mucho para salvarle; pero si llego tarde, ¡oh! si llego tarde, yo le vengaré.

—Pero, ¿se queda usted la carta?—preguntó Julio, que se hallaba verdaderamente aturdido.

—Esta carta tiene para mí un valor inapreciable, en el supuesto de que la haya escrito Clotilde.

—¡Oh! En cuanto á eso, puedo jurarlo porque la ha escrito delante de mí. Pero, ¿qué contestacion debo darle?...

—Sencillamente: que el doctor Samuel ha desapare-

cido; pero no pierda usted el tiempo, vaya usted á verla.

—Pero, ¿qué va usted á hacer?...

—Yo voy á ver al jefe de la policía de Madrid.

Y Mendez, sin esperar respuesta, detuvo un coche de plaza y le gritó al cochero:

—¡Al Gobierno civil: de prisa: habrá una buena propina!

CAPÍTULO IX.

Donde continuaba perdido el doctor Samuel.

Julio, durante algunos segundos, no pudo explicarse ni lo que sentía ni lo que le pasaba.

Estaba desvanecido, como si sintiera debajo de sus piés un temblor de tierra.

Por fin se repuso un poco, y sin importarle la multitud de transeuntes que cruzaban la calle en todas direcciones, se encaminó á buen paso á casa del general Lostan.

La hora no era la mas á propósito para andar de prisa, porque Madrid, como todas las grandes capitales, tiene una hora en que su animacion, su vida se centuplica.

Julio, preocupado con la escena que acababa de tener con Mendez, se abria paso entre la muchedumbre dando y recibiendo codazos, hasta que llegó á casa del general Lostan.

Los criados le conocian como á un amigo de confianza de la casa, y Julio llegó hasta la antesala del gabinete de Clotilde, donde encontró á la doncella.

—Supongo que está mi hermana con la señorita Clotilde,—preguntó Julio.

—Sí, señor, han comido solas, porque el señor general se halla un poco indispuesto y la marquesa no ha comido en casa.

—Entonces, tenga usted la bondad de anunciarme.

—No hay necesidad, porque me ha dicho la señorita Clotilde que entrara usted cuando viniera.

Julio entró en el gabinete, pero pidiendo antes permiso.

Blanca salió á su encuentro y condujo á su hermano á donde estaba la hija del general.

—Ante todo, Julio, ¿cómo sigue su hermano de usted?—preguntó Clotilde.

—Mejorando visiblemente.

—¿De veras? ¡Oh! me enfadaria, ó por mejor decir, nos enfadaríamos mucho con usted si nos engañara.

—Daniel ha recobrado esta tarde el conocimiento,—añadió Julio.—Los médicos opinan que su vida no corre peligro, que se salvará, y por cierto, señorita Clotilde, que las primeras palabras que formularon sus labios fueron para pronunciar un nombre que mi amigo no olvidará nunca.

Clotilde se ruborizó, pero sin comprender la grandeza y la sublime abnegacion de Julio, que sacrificaba las mas tiernas afecciones de su alma en aras de la gratitud.

—¿Y va á ser muy larga la convalecencia?—preguntó Blanca.

—¡Ah! En cuanto á eso, como la herida ha sido grave, tendremos que resignarnos y verlo lo menos un mes en la cama, contando con que no cometa alguna imprudencia.

—Pero, ¿qué imprudencia puede cometer un enfermo que está tan bien cuidado?—añadió Clotilde.

—Dice usted bien; procuraremos que no la cometa.

—¡Ah! Verdaderamente es una desgracia ser mujer,—esclamó Clotilde con encantadora ingenuidad.

Julio preguntó sonriéndose:

—¿Y por qué, señorita?

—¡Toma! Porque se nos prohíben muchas cosas. Nosotras, por ejemplo, su hermana de usted y yo, tenemos muchas ganas de ver á Daniel, y eso es imposible, ¿no es verdad, Blanca?

—Si, dices bien... y aunque nos seria muy grato velar junto á la cabecera del enfermo, nos está vedado hacerlo.

—Y Daniel tal vez nos juzgue ingratas y poco interesadas en su salud.

—Daniel no puede creer eso, porque yo estoy siempre á su lado y le digo lo contrario.

—¡Oh! sí, sí,—esclamó con precipitacion Clotilde,—dígame usted que nos interesamos mucho por su restablecimiento y deseamos verle pronto bueno.

Y Clotilde, cambiando de entonacion, añadió:

—¿Ha entregado usted mi carta al doctor Samuel?

Esta pregunta hizo recordar á Julio al pobre viejo, á quien habia olvidado.

—Desgraciadamente, señorita, no he podido cumplir aun la comision que usted me ha dado.

—¡Cómo! Le dije á usted que era muy urgente.

—Es que me ha sido imposible encontrar al doctor Samuel.

—¿No estaba en casa del conde de la Fé?

—Sí.

—¡Pues entonces!...

La fisonomía de Clotilde espresó la sorpresa que le causaban las palabras de Julio, y éste, entonces, le esplicó brevemente todo lo que habia hecho para encontrar á Samuel.

Clotilde escuchó con profunda atencion el relato del hermano de Blanca, que terminó con estas palabras:

—Es indudable que al doctor Samuel le ha sucedido algo que le impide estar junto á su querido Daniel, del que no quiere separarse nunca, porque le ama como puede amarse á un hijo; de lo contrario, no se explica que saliera esta mañana de casa del conde, diciendo que volvía al momento, y no haya regresado aun.

Clotilde se habia puesto pálida, inquieta.

—Sí, es indudable... le ha sucedido alguna desgracia,—repitió en voz baja.

Y pasándose la mano por la frente, como si se desvanecieran sus ideas, añadió:

—Si ese pobre anciano no parece...

Clotilde se detuvo. Sin duda temió cometer una imprudencia formulando del todo el pensamiento que cruzaba por su mente.

—Es preciso encontrarle, y es preciso tambien que lea mi carta, de lo contrario está perdido.

Julio iba de sorpresa en sorpresa. Los temores de Mendez y de Clotilde, que él no podia explicarse, ó por lo menos no podia averiguar la causa, le tenian inquieto.

—Pero ¿dónde encontrarle!—esclamó Julio.—El doctor Mendez, que tambien ha demostrado un vivo interés por ese anciano, parece que ha ido á ver al gobernador para que ponga en movimiento á la policia.

—Me dice el corazon que nada conseguirá el doctor Mendez. Julio, usted es un amigo leal, un hombre agradecido; pues bien, si quiere usted hacerme un inmenso favor, un señalado beneficio, es preciso que encuentre al doctor Samuel.

—No deseo otra cosa, señorita, y desde este momento voy á recorrer todas las casas de socorro, los hospitales, las prevenciones de policia, todos los puntos, en fin, en donde pueda buscarse ó haber sido recogido un hombre que se pone malo en la calle.

—Corra usted antes á casa del conde de la Fé, y si no ha vuelto, me lo avisa usted en el acto. Rosa, mi doncella, irá con usted, de ese modo no perdemos el tiempo.

—¿Y si no está allí el doctor?...

—Entonces, búsquele usted por todas esas partes que acaba de decirme: yo tambien le buscaré,—añadió Clotilde con firme resolucion.—Pero no hay que perder tiempo.

Julio salió precipitadamente: estaba aturdido.

Rosa apenas podía seguirle por la calle.

Cuando llegaron á casa del conde de la Fé, Samuel no había vuelto.

—Ya lo oye usted,—dijo Julio á la doncella de Clotilde,—dígame usted á su señorita que no ha parecido.

Rosa volvió precipitadamente á su casa. Nunca había corrido tanto, ni jamás le habían parecido tan inoportunas las palabras que al vuelo le dirigian algunos transeuntes desocupados y buscadores de gangas, que no faltan por las calles de Madrid, de seis á ocho de la noche.

Rosa llegó fatigada y entró en el gabinete de su ama.

—El doctor Samuel no ha parecido todavía,—dijo la doncella.

Clotilde, que estaba sentada, se puso de pié, llevóse una mano al pecho, como si sintiera un gran dolor, y luego dijo:

—Está bien; puedes retirarte.

Y luego, dirigiendo la palabra á Blanca, añadió:

—Necesito hablar con mi padre, y como podria ser larga mi entrevista, no quiero que te aburras aquí sola. Voy á mandar que te acompañen á tu casa. Perdóname si me separo esta noche tan bruscamente de tu lado, y no me preguntes nada, porque nada podria decirte hoy.

Y Clotilde, abrazando á su amiga y dándole un beso, añadió:

—Hasta mañana, querida Blanca. Ven á pasar el

dia conmigo y ruégale esta noche á Dios que parezca el doctor Samuel.

Las dos amigas se separaron. Blanca triste y preocupada, Clotilde resuelta y decidida, porque se habia propuesto salvar á un hombre, á quien no conocia, de los peligros que segun ella le amenazaban.

Cuando llegó á la antecámara de las habitaciones de su padre, un criado le dijo que el general habia dado la orden de que no entrara nadie.

—¡Ni yo tampoco!—preguntó Clotilde.

—Yo cumplo las órdenes que me da el general, bien á pesar mio, señorita.

—Está bien,—contestó Clotilde pensando que ella tenia otro sitio por donde entrar, aunque disgustada por aquella prohibicion.

Y retrocediendo lo andado, volvió á su gabinete.

Una vez allí, permaneció un momento indecisa.

Le repugnaba ejercer el espionaje con su padre, pero las palabras que la casualidad habia llevado hasta sus oidos y la desaparicion del doctor Samuel la tenian sumamente inquieta.

Y no era tanta esta inquietud hija del interés que le inspiraba el anciano amigo de Daniel, á quien solo conocia de nombre, como del de su padre, porque á Clotilde le asustaba la idea de que el general pudiera cometer una mala accion sin otro objeto que el de imposibilitar sus amores con Daniel.

Clotilde, antes de decidirse á espigar á su padre, sola en su gabinete, inmóvil como la estatua de la Medita-

cion, reconcentró su pensamiento, procurando adivinar el motivo del ódio que su padre profesaba al doctor Samuel.

Cuando el pensamiento se dedica á recordar el pasado, se enlazan unos con otros los acontecimientos de la historia de ayer, y Clotilde, de idea en idea, recordó la larga é inesplicable separacion de sus padres, la dureza con que el general habia recibido á Daniel, y por último, el interés que el general habia demostrado á Quesada en perder al anciano médico.

Todo esto formaba en la imaginacion de Clotilde un mundo de temores y sobresaltos, y se resolvió por fin á ver á su padre.

Sin embargo, una duda la inquietaba, y se decia:

—Si pido proteccion á mi padre para ese pobre anciano, es indudable que querrá saber los motivos que tengo para interesarme por él. «¿Quién te ha dicho que puede haberle sucedido una desgracia?» me preguntará, y yo entonces no sabre qué responder.

La situacion de Clotilde era difícil, no queriendo arrostrar el todo por el todo.

Porque ella tampoco podia ponerse en lucha abierta con su padre y decirle: «Yo sé que usted ha recomendado á Quesada que busque á ese hombre y que se apodere de él, y sé mas, pues usted le ha amenazado con destituirle de su destino si no encontraba al pobre anciano.»

Esto era arrojar el guante al rostro de su padre, y Clotilde no tenia valor para ello ni se conceptuaba con derecho para un desácató de esa naturaleza.

Le quedaba un recurso, espiar á su padre, porque Quesada se habia apoderado de Samuel é iria indudablemente á dar cuenta al general.

Este recurso le repugnaba, pero no tenia otro, y para sacar partido de él era preciso que la favoreciera la casualidad.

Un nuevo temor la sobresaltó, y se dijo:

—Si efectivamente mi padre desea la perdicion de ese pobre anciano, cuando sepa que ya no son un secreto para mí todas sus maquinaciones con Quesada, es indudable que se irritará conmigo, y puede esto tener fatales consecuencias.

Y como si esta idea, un tanto egoista, la avergonzara, añadió:

—Lo primero es salvar á ese hombre del peligro que le amenaza y á mi padre del remordimiento de haberlo causado. Luego, Dios me iluminará.

Y Clotilde salió resueltamente de su gabinete.

Cuando llegó á la puerta de escape que daba paso á la alcoba de su padre, se detuvo.

La pobre niña temblaba como si fuera á cometer un crimen, pero al mismo tiempo sentia una voz interior que le decia: «No temas, avanza.»

Empujó la puerta y penetró en la alcoba. Estaba oscura, pues la ancha cortina de terciopelo no permitia entrar la luz del gabinete inmediato.

Avanzó con mucha precaucion, y conteniendo el aliento, hasta colocarse junto á una de las dos columnas que formaban la entrada de la alcoba.

Entonces levantó un poco la cortina y dirigió una mirada hácia el gabinete.

Allí estaba su padre, en traje de casa, sentado junto á la mesa con unos papeles delante.

La luz de la lámpara iluminaba el severo rostro del general.

Clotilde creyó ver en los ojos de su padre señales de llanto.

Don Pedro leyó con profunda atencion unos momentos. Cerca de estos papeles, que se hallaban estendidos sobre la mesa, vió Clotilde un pequeño cofrecillo negro y brillante.

Por espacio de algunos minutos el general permaneció inmóvil.

Parecia que la lectura le preocupaba hasta el punto de absorber toda su atencion.

Clotilde sintió una gran curiosidad por saber qué decian aquellos papeles. Pero le era imposible leerlos desde el sitio donde se hallaba.

Si hubiera sorprendido á su padre leyendo un libro impreso, indudablemente no hubiera sentido tan viva curiosidad.

De repente, vió que su padre, apartando los ojos de los papeles que tenia delante, los dirigió hácia el cofrecillo, introdujo la mano en él y sacó un objeto pequeño, como si fuera un retrato.

El general se quedó contemplando aquel objeto, y Clotilde pudo observar dos lágrimas que se desprendieron de sus ojos.

Pronto no le quedó duda alguna de que lo que hacia llorar á su padre era un retrato.

De pronto llamaron á la puerta del gabinete. El general se estremeció. Levantó primero la cabeza, luego guardó todos los papeles en el cofrecillo, lo cerró con una pequeña llave, que se metió en el bolsillo de la bata, y puso el cofrecillo en uno de los cajones de la mesa.

Luego se levantó y fué á abrir la puerta.

Clotilde estuvo á punto de exhalar un grito.

Era el señor Quesada el que entraba en el gabinete de su padre.

CAPÍTULO X.

Mas antecedentes.

El semblante vivo y malicioso del jefe de la policía brillaba como si el fuego de una gran alegría prestara vida y animacion á sus ojos.

Clotilde temió que aquel hombre hubiera cometido una infamia con el doctor Samuel, y al mismo tiempo que deseaba huir de aquel sitio, un poder, superior á su voluntad, la retenia como si tuviera los piés clavados en el pavimento.

El general pareció no estrañarse de la visita de Quesada, cerró la puerta, le indicó una butaca y dijo:

—Siéntese usted. ¿Qué ocurre?

—Ya sabe usted que el pájaro está en la jaula,—dijo Quesada.

—Sí, pero supongo que se halla bajo la custodia del hombre que yo he mandado.

—Yo cumplo siempre las órdenes del general.

—Y supongo tambien que tendrá usted algo que decirme.

—Supone usted bien,—añadió Quesada con mucha calma.

—Hable usted.

—Eso voy á hacer, pero ruego á V. E. que me permita dirigirle algunas preguntas, gracias al interés que me inspira el asunto que nos ocupa.

Clotilde apenas respiraba. No perdía ni una sílaba, ni un gesto, ni una mirada del jefe de la policía.

—¿Tiene usted mucha confianza,—añadió Quesada,—en el hombre que se mandó á la *Casa Blanca*?

—Tanta como pudiera tener en mí mismo.

Quesada agitó la cabeza en señal de disgusto y repuso:

—Entonces, es preciso que descubramos quién es el que nos espía.

Estas palabras causaron un frío mortal á Clotilde: aquel hombre le daba miedo.

El general irguió la cabeza, y fijando una mirada de asombro en su interlocutor, dijo:

—¡Espíarnos! No es posible eso. Santiago es hombre de toda mi confianza; perdería la vida cien veces antes que venderme.

—Pues no tengo duda de que hay un espía que nos acecha, y es en esta misma casa; diré mas, creo que debe ser una mujer.

Una sospecha cruzó por la frente del general, oscureciéndola como una nube cargada de electricidad: pensó si podrían atribuirse las palabras de Quesada á la marquesa su esposa.

Pero inmediatamente pensó asimismo que doña Beatriz no podía tener interés alguno en que su secreto se descubriera.

Necesitaba, ante todo, que Quesada le diera mas esplicaciones.

—Entendámonos, señor Quesada,—dijo el general.—
¿Qué razones tiene usted para sospechar, ó afirmar, lo cual es mas grave, ni para decir que se me espía?...

—Cuatro somos los individuos,—añadió Quesada sin perder su calma proverbial,—que sabemos el asunto del doctor Samuel: V. E., el hombre á quien V. E. ha encargado la custodia del preso, uno de mis agentes y yo. Y sin embargo, una persona muy conocida en Madrid y á quien el señor general trata, ha venido al Gobierno civil á decirme que ha desaparecido el doctor Samuel.

—¿Y quién es esa persona?

—El médico don Rogelio Mendez.

—¡Mendez! Es bien estraño... No le he visto hace mucho tiempo.

—Mendez y Samuel deben ser antiguos amigos,—repuso Quesada.

—Sí, creo que sí,—contestó el general.

—Además, debo decir á V. E. que yo sospecho que Mendez es el hombre de confianza del viejo, y tengo, para creer eso, algunas razones.

El general temió que Samuel hubiese revelado á su amigo toda la historia de Ángela, y en este caso aumentaban sus sobresaltos, crecían los peligros.

—¿Y por qué teme usted eso?—preguntó con inquietud.

—Primeramente, porque Samuel, al ver que habia caido en el lazo, con una serenidad digna de admiracion, dijo á mi agente estas ó parecidas palabras: «Lástima que todas las infamias que se cometen conmigo sean infructuosas, pues nada importa que yo muera. Eso no impedirá que se haga justicia y se arranque la careta al miserable que trata de esterminarme.»

Estas palabras eran una amenaza terrible para el general.

Samuel habia pasado un dia y una noche en casa del conde de la Fé; éste era un enemigo irreconciliable y temible, ¿qué habrian hablado aquellos dos antiguos amigos de Ángela?

Quesada, mientras un mundo de ideas turbaba la mente del general, tenia en él fijos sus penetrantes ojos, sintiendo una gran satisfaccion en el alma, porque aquel negocio le ofrecia ser de grandes resultados para un hombre de sus condiciones.

Una voz secreta parecia decirle que con el tiempo el general seria su esclavo.

—Además de las palabras bastante significativas que acabo de recordar,—añadió Quesada sondeando al mismo tiempo el efecto que causaban,—tengo que decir otras á V. E.

Don Pedro se estremeció. Temia que Samuel lo hubiera revelado todo al agente de policia, y solo entonces comprendió que habia cometido una gran imprudencia encargándole aquel asunto.

—El agente á quien di el encargo,—repuso Quesada,—es hombre de buena memoria, y entre las varias palabras que le oyó por el camino, ha retenido las que á su juicio le han parecido mas importantes. Segun parece, el anciano es hombre sereno; por eso, sin duda, encogiéndose de hombros, dijo: «Lástima que mis enemigos erraran el golpe la primera vez, entonces todo hubiera ido bien, pero tenian prisa y miedo, y por eso no solo no pudieron acabar conmigo, sino que dejaron en mi poder un documento de la mayor importancia, que tuvo su origen en Humanes, el dia 16 de Setiembre de 185...»

El recuerdo de esta fecha causó un vivo estremecimiento al general.

—Pero ese documento...—preguntó conmovido el general.

—Nada sé de él, pero el viejo añadió sonriéndose: «Yo podré morir, pero ese documento vive, está en buenas manos y me vengará.»

Clotilde no perdía ni una sola palabra de aquella escena, y le espantaba ver á su padre pálido, trémulo y anonadado en la butaca.

—Pero yo creo que todo eso son palabras y nada mas que palabras del viejo marrullero para que se le tengan consideraciones,—añadió Quesada,—pues se le ha registrado y no se le ha encontrado nada de particular. Aquí, señor general, lo importante es que descubramos la persona que nos espía, pues yo, que estoy dispuesto á servir á V. E., sentiria que mañana me conviniera el ministro ó el gobernador.

—Sí, sí, dice usted bien, es preciso descubrir al espía y lo descubriremos, y entonces ¡ay de quien sea!

El semblante del general se trasformó de un modo horrible.

Clotilde temblaba, le faltó el valor para continuar en aquel sitio y se retiró, procurando no hacer ruido.

—Veo que el señor general se halla preocupado y no quiero molestarle mas tiempo.

—Sí, Quesada, sí, soy franco, este asunto me disgusta, me fatiga, es una enojosa cuestion de familia.

Y como deseaba disculparse ó desorientar á Quesada, añadió:

—El doctor Samuel es un infame, quiere abusar de un secreto que compromete á una mujer; yo no puedo ni debo consentirlo, aunque se proponga emplear la calumnia y la difamacion, y para eso cuento con el apoyo de usted.

—Estoy á las órdenes de V. E.

—Me siento fatigado, pero deseo verle con frecuencia.

—Vendré á recibir órdenes antes de las doce de la noche.

—Si usted pudiera adquirir el anónimo que posee Mendez...

—Lo intentaré.

—Seria muy útil, pues por la letra tal vez descubriamos á la persona que nos espía: puede usted retirarse.

—Vendré á las doce.

—Le esperaré á usted.

Quesada salió.

El general, despues de un momento de vacilacion, durante el cual se paseó por el gabinete inquieto y taciturno, tiró del cordon de la campanilla.

—Pregunte usted á la señora marquesa,—dijo al criado que se presentó,—si puede recibirme.

El general, mientras el criado iba á cumplir la órden que le habian dado, se quitó la bata y se puso una levita.

El criado volvió, diciendo:

—La señora marquesa espera á V. E. en su gabinete.

El general salió de su habitacion diciendo en voz baja:

—¿Será ella? ¡Ah! no, no es posible que una mujer tan orgullosa cometa semejante imprudencia.

CAPÍTULO XI.

Caer en el lazo.

El doctor Samuel se ha perdido, y nuestros lectores, que indudablemente sospechan algo, es preciso que lo sepan todo. Veamos, pues, qué le ha sucedido al confidente de la infortunada Ángela, al noble Mentor de Daniel.

Un deber de gratitud, de amistad y justicia hizo que Samuel saliese de casa del conde de la Fé sin otro objeto que el de decirle á su amigo Mendez, que iba á establecerse por entonces y mientras durara el restablecimiento de Daniel, en casa del viejo y noble aristócrata.

Apenas habia salido del portal, tomando con reposado paso por la acera que conduce hácia el *Café Suizo*, cuando Samuel se vió detenido por un hombre que, por lo fino, bien portado y lo respetuoso, pues se quitó el sombrero para hablarle, no debia infundirle, ni efectivamente le inspiró, ninguna desconfianza.

Además, debe tenerse en cuenta que no hay nada

mas confiado que esos sabios que se alejan del mundo para vivir retirados y contemplando la naturaleza.

El desconocido, despues de saludar con un respetuoso movimiento de cabeza al anciano, le dijo, dirigiéndole al mismo tiempo una sonrisa llena de bondad:

—Si no me equivoco, creo que tengo el gusto de hablar con el doctor Samuel.

—El mismo, caballero, — contestó el anciano sin acordarse de las precauciones que le habia encargado Mendez.

—Entonces, me felicito de todo corazon, pues la dichosa casualidad que me hace encontrarle á usted me evita hacer un viaje al pueblo en donde, segun mis noticias, residia usted; porque, señor don Samuel, yo tengo á mi hijo gravemente enfermo, y seria para mí una satisfaccion y un gran placer que usted se tomara la molestia de visitarle, á fin de prever, si le es posible, la marcha ó el resultado de su padecimiento.

Samuel, que era un sabio cargado de talento y experiencia, pero que, como Platon, tenia el alma sencilla é inocente, contestó:

—No tengo mucho tiempo que perder; aunque, hablando con propiedad, no lo pierde el médico cuando visita á un enfermo; pero puedo dedicarle á usted algunos minutos.

—Así pues, creo que nos bastará un cuarto de hora. Es usted el hombre mas bondadoso del mundo.

Y el desconocido, que no era otro que un agente de policia á quien, como ya hemos dicho, le llamaban Ro-

driguez de apellido, hizo con la mano seña á un cochero de alquiler que medio dormitaba sentado en el pescante, cerca de aquel sitio, y dijo:

—Luego que usted vea á mi hijo, el coche le llevará á donde guste; y con eso no perdamos el tiempo.

Y luego, dirigiendo la palabra al cochero, añadió:

—Calle del Calvario, número 12. Anda.

Samuel habia entrado en el coche sin recelo, ni siquiera se le ocurrió preguntarle al desconocido cómo sabia él que en un pueblo habia un médico llamado Samuel.

Pero si bien no receló nada al pronto, no dejó de llamarle la atencion que para ir á la calle del Calvario tomara el coche el camino del Prado, en direccion á la salida de Atocha.

—Indudablemente,—dijo Samuel,—el cochero no ha entendido bien las señas que usted le ha dado.

—Creo que sí, pero tal vez vaya por la calle de Atocha.

—Es el camino mas largo.

—Le avisaré que tome otro.

—No, no, déjele usted: á mí me es completamente igual.

Cuando llegaron á la conclusion de Atocha, Samuel creyó que torcerian á la derecha tomando la calle, pero el caballo siguió trotando y no tardó mucho en encontrarse en el paseo de las Delicias, que conduce al puente verde del Canal.

Entonces, no pudiendo contenerse, dijo:

PUBLICACION NOTABLE EN PRENDA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPHO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escadan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.^ª